

LA OBRA DE OTRO

De ser gesto gratuito de memoria y plegaria,
la liturgia ha sido reducida a depósito de preocupaciones
pedagógicas y humanitarias.

Cardenal Danneels

La liturgia nos supera

El misterio que celebramos es en primer lugar la obra de Dios, lo que Él obra en nosotros y por nosotros.

La liturgia es la epifanía del misterio de Dios, de la redención, de Cristo. Prolonga la Encarnación en nuestros símbolos y ritos, en nuestra proclamación y participación. Es también la epifanía del cuerpo de Cristo: dibuja el retrato de la Iglesia, porque la comunidad reunida por Cristo es Su cuerpo.

En la liturgia, pues, yo entro: no la creo. La creatividad en la liturgia es, como en la música, una variación sobre un tema impuesto: el tema me lo dan, no nace de mí. La liturgia es una arquitectura inspirada por la Biblia y la Tradición, y cincelada por la Iglesia como Esposa de Cristo. Hay que entrar en ella con actitud de servicio y no de manipulación. Se sirve a la liturgia. No nos servimos de ella. Se entra en la liturgia dirigiéndonos hacia Dios para recibirlo. La celebración está hecha esencialmente de escucha, acogida, obediencia. No es una palabra humana, sino una respuesta humana a la palabra de Dios.

Teatro y liturgia

El arte del espectáculo y del deporte es autoexpresivo: somos nosotros los que escribimos el texto, jugamos el partido, realizamos la obra artística o la hazaña deportiva. Se trata de artes nobles que expresan a menudo sentimiento muy profundos, como lo trágico o lo cómico de la existencia. El público participa en la medida en que reconoce los propios sentimientos. En estas artes, el actor es el hombre.

La liturgia no es el ámbito donde yo voy a desempeñar un papel. Es la casa en la que soy huésped. El actor del drama litúrgico no es el hombre, sino el Hombre-Dios, Jesucristo en persona.

Sin esta visión de la fe, la liturgia no tiene ningún sentido: se parece a un extraño y penoso teatro, que desde luego no justifica el tener que desplazarse todos los domingos. Carece de interés, y comprendo que no se participe en ella.

Si la liturgia es, a los ojos de la fe, la epifanía de Cristo, la prolongación, como dice León Magno, de lo que el Señor vivió en Palestina –su nacimiento, predicación, milagros, enseñanzas a los discípulos, conflicto con los fariseos, juicio, muerte, resurrección y la misión encomendada a los suyos– entonces se convierte en una realidad mística. No es algo extraño para mí porque también yo nací, también yo anuncio, vivo conflictos, amo y los demás me siguen y también moriré.

En una tragedia de Sófocles yo reconozco mis problemas como en un espejo. El hecho de identificarme con los personajes realiza en mí una catarsis.

En la liturgia yo veo mis problemas a la luz de Cristo. Mucho más, yo no los veo solamente: Cristo toma consigo mi carga, me libra y me ama.

Comprender, sí. Pero ¿cómo?

El lenguaje de la liturgia nos precede. Nos llega del Antiguo y del Nuevo Testamento y de los misterios de Cristo transmitidos por medio de acciones simbólicas. Nosotros lo recibimos.

Comprender, no es hacerse maestro. La inteligencia no crea la realidad. Al igual que los faros [de un auto] en la noche no crean las señales de tráfico, sino que les permiten reflejar la luz. Mi inteligencia no crea estos signos, los descubre. Así que nosotros no somos propietarios de los signos y símbolos litúrgicos, somos los guardianes.

¿Nos parece que el lenguaje bíblico se refiere a otro mundo, rural, patriarcal? ¿Nos parece demasiado lapidaria la lengua de la liturgia? ¿Nos parece arcaica la imagen de Dios (Dios Padre)? Estamos demasiado obsesionados con las nociones y tenemos poca sensibilidad intuitiva para entrar en la simbología global. El canto Noche de paz, tan difundido en los países de lengua francesa y que se canta en las iglesias la noche de Navidad, no tiene mucho de poético en sí mismo. Cantarlo a mediodía en un campus universitario, no tendría ningún sentido. Pero hacerlo en el fervor de la asamblea, la noche en que un pueblo en recogimiento celebra el misterio de la Encarnación, asume un aspecto diferente. ¿Y

qué decir de la Salve, de su melodía latina y de su modernidad? “Hijos de Eva, desterrados en este valle de lágrimas”. En el rito de Completas, cuando los monjes y los fieles se dirigen a la Virgen iluminada, este himno atraviesa la noche. Se trata de una simbología global.

Nunca comprenderemos la liturgia. No porque no contenga nada comprensible, sino porque, dado que es el resultado de haber dado forma a los misterios de Cristo, nunca llegaremos a abrazarla toda. Es ella la que nos abraza.

Comprender la liturgia es un problema de participación, de inteligencia del corazón: hay que sentirse de la familia para comprender su lenguaje fuera de las palabras y los ritos. La inteligencia del corazón es mucho más profunda que el modo conceptual, antropológico y bíblico de acercarse a los ritos y símbolos.

Entrar en la liturgia es experimentarla con toda nuestra personalidad, con nuestra propia inteligencia y nuestro propio corazón, nuestra propia imaginación y nuestra propia memoria, nuestro sentido estético y nuestros propios sentidos corporales: la vista, el oído, el olfato, el tacto y el gusto. Por tanto, no hay que explicar la liturgia, sino vivirla. Los comentarios obstaculizan la comprensión de la celebración más de lo que pueden favorecerla. No hay nada más agotador para la liturgia que una explicación superficial que la reduciría a una única dimensión. Cuando los Padres de la Iglesia preparaban a los catecúmenos para el bautismo, no les explicaban nada de la liturgia antes de que éstos la hubieran vivido. Solamente después les decían: “¿Habéis visto los gestos que el obispo ha hecho sobre vosotros? ¿Habéis visto cuando partió el pan?” Hay que comprender con los ojos del corazón...

Conocer, en sentido bíblico, es entrar en relación con alguien. El año litúrgico, por ejemplo, no es una sucesión de meses. Es la historia de la salvación entre el Adviento y el fin de los tiempos. El Adviento despliega una triple perspectiva. Se celebran las tres venidas de Cristo: a Belén, al final de los tiempos y en el alma de los fieles y de la Iglesia. La comprensión de la liturgia es, pues, de orden dialógico: encontramos el misterio de una persona y nos dejamos tocar por él.

Se trata de elegir las armonías más que las notas, el sentido escondido entre las líneas, como en toda expresión profundamente humana. ¿Quién puede comprender el amor? ¿Quién puede explicar lo que se vive frente al misterio de la muerte?

Gratuidad

Comprender la liturgia es también rechazar toda intención de reducirla a cualquier cosa buena, a un ejercicio para cargar las pilas y despertar energías... Someter la celebración a una enseñanza teológica, a una catequesis, a una protesta, a una campaña de conciencia o de recogida de fondos quiere decir instrumentalizarla. Cada vez que sometemos la liturgia a otro maestro, la matamos.

La liturgia pertenece al orden del juego. Tiene su origen y fin en ella misma. No quiere obtener nada. Cuando se juega, es para jugar y no para ganar un premio. Querer ganar un premio pertenece al orden de la competición. Si se juega al fútbol por dinero se degrada el juego. Termina el juego. Asimismo guiar el juego litúrgico para obtener algo, es degradarlo completamente.

A menudo la liturgia se ha vuelto escuela. En ella queremos meterlo todo. En cambio, debe seguir siendo una actividad simbólica y lúdica. La verdadera liturgia se celebra en los monasterios. Allí, por lo menos, no sirve para nada. Toma tiempo y a toda la persona, no es catequística y las homilias utilizan pocas palabras, no tiene nada particularmente artístico y, sin embargo, es hermosa en sí misma. Consiste por entero en la recepción sustanciosa de Cristo a través de la acción litúrgica. El alma y el cuerpo están prendidos, aunque la inteligencia no haya comprendido todo.

La liturgia no puede ser la expresión de nosotros mismos: “¡Hemos cantado bien!”, “El tema ha sido bueno”, “Nos volveremos a ver aquí”, “¡La coreografía era excepcional!”. No la liturgia no es el lugar donde uno se vuelve a ver con los demás, sino el lugar donde se encuentra el Señor. Si la liturgia no nos abre completamente a algo diferente, no hemos evolucionado nada desde que se decía: “¡Mi misa!”.

(el artículo continúa)

Godfried Danneels
Cardenal Arzobispo de Bruselas.

Artículo que proviene de:
La liturgia tiene misterio, Cuadernos Phase nº 77,
Centro de Pastoral Litúrgica de Barcelona